

A la espera de Dios

A la espera de Dios

Simone Weil

Prólogo de Carlos Ortega  
Traducción de María Tabuyo y Agustín López

E D I T O R I A L   T R O T T A

## ÍNDICE

Prólogo: <i>Carlos Ortega</i> .....	9
Prólogo a la primera edición: <i>Carlos Ortega</i> .....	11
1. Simone Weil: la marca de la esclavitud .....	11
2. Huir al campo del vencido .....	14
Prefacio: <i>J. M. Perrin</i> .....	21

### CARTAS

Vacilaciones ante el bautismo .....	31
En el umbral .....	39
Algo me dice que debo partir .....	45
Autobiografía .....	49
Vocación intelectual .....	67
Últimos pensamientos .....	71

### ENSAYOS

Reflexiones sobre el buen uso de los estudios escolares como medio de cultivar el amor a Dios .....	85
El amor a Dios y la desdicha .....	95
Formas del amor implícito a Dios .....	111
El amor al prójimo .....	112

## ÍNDICE

El amor al orden del mundo .....	126
El amor a las prácticas religiosas .....	144
La amistad .....	159
El amor implícito y el amor explícito .....	165
Sobre el padrenuestro .....	171
Los tres hijos de Noé y la historia de la civilización mediterránea .....	181
<i>Addendum</i> .....	190

## APÉNDICE

Carta a J. M. Perrin (Fragmento) .....	195
Carta a Gustave Thibon (Extracto) .....	199
Carta a Maurice Schumann (Extracto) .....	201

## PRÓLOGO

*Carlos Ortega*

Treinta años después de las primeras publicaciones de Simone Weil en esta editorial, su pensamiento ha anidado con éxito en ciertos medios de la sociedad intelectual española sensibles a las ideas religiosas y sociopolíticas. Y digo bien «anidado», porque da la impresión de que todo el complejo conceptual que movilizan sus textos se toma con carácter germinativo, como embrión que hubiera que encubar, como pollito al que habrá que ayudar a romper el cascarón. Es cierto que su filosofía se presta a ese ejercicio, como también lo es que resulta propicia para que los mineros extractores de axiomas hagan su trabajo. Amparándose en el prestigio y la presencia lograda en estas décadas, a Simone Weil se la perifranea desde *Echar raíces* para lo político; o desde *A la espera de Dios* para lo religioso, o *Sobre la ciencia* para lo estético. Se ha convertido en una ascua fácil de arrimar a cualquier sardina. Como personalidad de una pieza que es, resulta ser alguien a quien se le puede creer, alguien en cuya palabra se puede confiar. Pero, en una época donde la victoria y el éxito son valores primarios, ¿se entiende realmente su filosofía paciente, su pensamiento que pone las verdades en el campo del vencido, no en el territorio conquistado del vencedor, aunque en un sentido objetivo el espacio sea el mismo? Claro que se pueden hacer muchas lecturas, pero es difícil ver cómo Simone Weil piensa desde el dolor. Al ser humano se le suele despertar un instinto vengativo cuando vive en

el dolor. Muchas veces se comporta como esas fieras heridas, que son aún más peligrosas que si están sanas. Desde el dolor surge, pues, un pensamiento vengativo. Se llama resentimiento. Lo fascinante es que en Simone Weil, desde el dolor surge un sentimiento, un sentimiento compasivo. No autocompasivo, sino comprometido con una asunción de la desgracia como la situación común y transitoria de todo lo creado. No una filosofía del resentimiento, sino un pensamiento del amor. *A la espera de Dios* es el compendio que mejor transmite ese riquísimo y dulce pensamiento.

Julio de 2024

## PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

*Carlos Ortega*

«En los últimos decenios, el interés por los ayunadores ha disminuido muchísimo».

(Franz Kafka, *El artista del hambre*)

Electra, en la tragedia homónima de Sófocles, ha vivido sacrificada toda su vida, alentando solo la compensación por la muerte de su padre, esperando cada día que al fin llegara su hermano Orestes y la ayudara a restablecer la justicia. Mientras eso no se cumpla, Electra seguirá viviendo de renunciadas (vv. 165-190): ha renunciado al matrimonio, a tener hijos, y «con indecoroso vestido, vago en torno a mesas vacías» (v. 191). Toda su vida ha estado entregada al dolor. Esos versos de la obra de Sófocles, expresión de la esperanza y el dolor unidos, son el resumen perfecto de una parte —la que más se suele destacar— de la vida de Simone Weil. Como Electra, también ella podría «distinguirse por sus numerosos dolores» (v. 1188).

### 1. *Simone Weil: la marca de la esclavitud*

Simone Weil nació en París, en 1909, hija de un matrimonio de la burguesía (su padre era médico) de origen judío. Fue educada en el más absoluto de los agnosticismos, producto, por un lado, de la clásica enseñanza laica francesa, y, por otro, de la voluntad de sus padres, junto con su hermano André, un ser dotado con un talento extraordinario para las cuestiones abstractas que

con el tiempo se convertiría en uno de los matemáticos más importantes de este siglo, y con quien desde pequeña se mediría la propia Simone. Pasó por el bachillerato dando muestras de su enorme inteligencia y recibiendo las enseñanzas de Alain, antes de ingresar en la Escuela Normal Superior. En 1931 era ya catedrática de Filosofía en el instituto de Le Puy, una localidad en el corazón de la Auvernia. Fue durante esos años de formación en la Escuela Normal Superior cuando colaboró por primera vez con los movimientos sindicales y con *La Révolution prolétarienne*, sin llegar a afiliarse a ninguno de ellos, pero sin dejar de trabajar nunca a su lado.

En Le Puy, su primer destino como profesora de Filosofía, causó escándalo el que repartiera su paga con los parados, al tiempo que participaba en las luchas sindicales de los obreros o compartía su ocio con ellos. Sin embargo, no conocerá la verdadera dimensión de la condición obrera hasta que, después de haber pasado por la fábrica Alsthom de componentes eléctricos y por las Forjas de Basse-Indre, no ingrese en la parisina Renault en 1935 para trabajar como peón fresador, abandonando momentáneamente su puesto de enseñante. Su experiencia de aquel año quedó recogida en su «Diario de fábrica», luego publicado con el título de *La condición obrera*<sup>1</sup>. «La prueba rebasó sus fuerzas», señala uno de sus biógrafos; «su alma fue como aplastada por aquella conciencia de la desgracia que la marcó para toda la vida». Ella misma vio así su paso por la fábrica de coches: «Allí recibí para siempre la marca de la esclavitud, como la marca de hierro candente que los romanos ponían en la frente de sus esclavos más despreciados. Después, me he considerado siempre como una esclava»<sup>2</sup>.

Tal vez para reconstruirse —«tenía el alma y el cuerpo en pedazos», escribe en una carta—, y antes de volver de nuevo a la enseñanza, viaja con sus padres a Portugal, y allí descubrirá el

1. S. Weil, *La condición obrera*, introd. y notas de Robert Chenavier, trad. de Teresa y José Luis Escartín Carasol, Trotta, Madrid, 2014; ahí el «Diario de fábrica», pp. 61-156.

2. Véase *infra* «Autobiografía», p. 53.

cristianismo como la religión de los esclavos. Cuando en 1936 estalla la guerra civil española, se alista como brigadista y acude, junto a las líneas republicanas, al frente de Aragón, de donde tuvo que ser evacuada enseguida a su país, luego de haberse abrasado la pierna con el aceite hirviendo de una sartén, debido a su falta total de habilidad.

Atacada desde siempre de tremendos dolores de cabeza, en la primavera del 37 viaja a Italia, a Asís, y en la Semana Santa del 38, a Solesmes, donde tendrá sus primeras experiencias místicas, envueltas en los efectos dolorosos de sus fortísimas jaquecas. Esos hechos trascendentales provocan su abandono de la enseñanza y señalan el punto de inflexión a partir del cual su mirada sobre el mundo recibe una rotunda conformidad sobrenatural. La cultura de la Grecia clásica se hace coherente con la civilización del cristianismo. Lee a los místicos —lo que no había hecho hasta entonces— y frecuenta las ceremonias religiosas. Sin embargo, se resistirá al bautizo «por razones intelectuales y porque le parecía que las iglesias estaban corrompidas por el poder y la riqueza», como ha señalado J. Jiménez Lozano, aun cuando, ya moribunda, acceda, según parece, al deseo de una amiga de derramarle agua sobre la cabeza.

Al declararse la Segunda Guerra Mundial, tiene que dejar París y trasladarse junto con su familia a Marsella, donde, al margen de sus trabajos como jornalera agrícola, traba relación con los medios de *Cahiers du Sud*, en los que publicó importantes artículos. Durante ese tiempo tradujo a Platón, escribió los textos de carácter pitagórico que luego compusieron sus *Intuiciones precristianas*<sup>3</sup> y redactó parte de los materiales que más tarde el sacerdote dominico J.-M. Perrin publicaría (junto con otras cartas dirigidas a él mismo y a otras personas) con el título de *Attente de Dieu*, que recogemos en este volumen, y en los que muestra su amor por la Grecia clásica y por los grandes místicos.

3. S. Weil, *Intuiciones precristianas*, trad. de Carlos Ortega, Trotta, Madrid, 2004.